

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 4.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

## Consideraciones

En los funerales de Bakunin, que tuvieron lugar en Berna el 3 de julio de 1876, se aprobó una resolución concebida por James Guillaume en este sentido: "Los trabajadores reunidos en Berna con ocasión de la muerte de Miguel Bakunin, y que pertenecen a cinco naciones diferentes, los unos partidarios del Estado obrero, los otros de la libre federación de los grupos productores, piensan que una reconciliación no solo es muy útil, muy deseable, sino muy fácil, sobre el terreno de los principios de la Internacional, tales como fueron formulados en el artículo tercero de los estatutos generales revisados en el congreso de Ginebra de 1873".

Este piadoso deseo, a cuya realización dedicó Guillaume tantos esfuerzos, puede servirnos, en sus resultados, para trazar hoy nuestra línea de conducta. Ese ofrecimiento de reconciliación bajo una misma bandera de las fuerzas autoritarias y de las antiautoritarias del movimiento obrero, podía ser lógico y necesario cincuenta años atrás, cuando la experiencia y la claridad de las ideas no habían demostrado aún que la autoridad y la libertad son como el agua y el fuego y sólo pueden marchar juntas cuando una mata a la otra, cuando una absorbe o sofoca a la otra.

En respuesta a la reconciliación propuesta en los funerales de Bakunin, los autoritarios renovaron las calumnias contra el gran muerto, "nuestro inmortal Bakunin" como decía Michelet en 1855, aún antes de haberse revelado plenamente la personalidad del gran agitador. Hubo algunas voces más o menos hipócritas en el campo mismo de la socialdemocracia que se hicieron eco del llamado a la fraternización de todas las tendencias revolucionarias; y en septiembre de 1877 se celebró el congreso de Gante, a pedido de la Federación belga, al cual fueron invitados todos los socialistas, sin distinción de opiniones, desde los partidarios del Estado popular a los anarquistas más intransigentes, desde Liebknecht a Kropotkin. Los resultados de ese congreso demostraron al propio Guillaume que el camino de la unificación de los autoritarios y de los antiautoritarios no era el camino de la revolución social.

Posteriormente se han hecho repetidos intentos de unificar en un organismo común y único todas las corrientes revolucionarias del proletariado, hasta que por fin llega el congreso de Londres de 1896 y los autoritarios dan con las puertas en las narices a los anarquistas empujados en mezclar y confundir el agua con el fuego, la libertad con la autoridad.

Llegamos luego al período de la revolución rusa de 1917, y en lugar de tener en cuenta que las divisiones naturales del campo obrero no son debidas a Marx y a Bakunin, que no son meras divergencias formales, sino profundas cuestiones de principios irreconciliables, parece que no hemos comprendido todavía que una reconciliación por el estilo, por encima de las ideas, es fatal para el porvenir de la revolución.

Uno de los sindicalistas anarquistas alemanes más conocidos y típicos nos decía hace poco que si ellos, en vez de permanecer años y años en las filas de la oposición del partido socialdemócrata, hubieran proclamado desde el principio, allá por 1890, su independencia como organización, tal vez a estas horas el proletariado alemán, y con el proletariado alemán el de todos los países ger-

mánicos influenciados por el autoritarismo marxista, estaría en otra situación política e ideológica. Esta es una verdad que se comienza a comprobar poco a poco en todos los países y que si algún día llega a ser reconocida nos ahorra amargas e inútiles experiencias. La historia no puede hacer a los anarquistas el reproche de haber roto la unidad de las organizaciones obreras, sino el de haber luchado demasiado tiempo por esa utopía y el no haber querido tener en cuenta las repetidas experiencias del fracaso.

en una organización anarquista. Lo esencial de una organización, lo que la mantiene, le da razón de ser y la caracteriza no es la organización misma, sino el propósito que persigue; lo esencial no es estar organizado, sino estar orientado en los problemas que plantea la vida; la organización es un resultado de la orientación de los individuos o de los grupos en un sentido general; en el orden de la sucesión, la organización no es la causa, sino el efecto, el resultado. Donde existe una organización existe una bandera; es decir, el símbolo de una aspiración. Las

no piensa no piensa completamente, decía un filósofo francés. Nosotros nos explicamos perfectamente que ni el jugador de foot-ball, cuya mentalidad por lo general suele quedar demasiado en la penumbra, prescindida de sus ideas en sus juegos; vemos por todas partes cómo surgen grupos foot-ballísticos comunistas, socialdemócratas, de esta nacionalidad o de la otra, de una fracción social o de otra. Y la contienda de las ideas se lleva hasta las palabras deportivas, y cuando triunfan los del propio partido en ese terreno tan poco honorable y revolucionario, la satisfacción y el orgullo alcanza no sólo a los jugadores, sino a todos sus correligionarios. En la prensa comunista solemos encontrar el mismo júbilo histérico e hipócrita cuando triunfa un grupo foot-ballístico comunista que cuando es ganada una huelga por los trabajadores afiliados al partido. Y esta es natural y es comprensible. Si los anarquistas hubiéramos acciones de esa naturaleza, tal vez hubiéramos lo mismo; pero no tenemos acciones semejantes, precisamente a causa de nuestras ideas. Cuando los socialdemócratas alemanes se reúnen en congreso, entre sesión y sesión suelen trabarse en duelos, refudiamos alrededor de los vasos de cerveza; los contingentes son por lo general, los de una región contra los de otra o los de fracciones distintas; y en ese duelo el punto de honor de los beligerantes no es inferior al expresado en los debates; los congresales triunfantes se enorgullecen de haber vencido a un adversario haciendo más cerveza que él, no desde el punto de vista de la entera personalidad sino como miembros de un grupo; al entablar ese duelo no se considera el honor del triunfo del individuo, sino el de la fracción o de la región a que pertenece.

Junto a esas extensiones de la influencia de las ideas en actos del hombre que parecen tan extraños a toda ideología, quisiéramos recordar a Simón Radwitsky. En una de sus cartas a un amigo, hemos leído un pensamiento que nos ha producido una gran impresión: que él procuraba obrar en el preámbulo como anarquista de manera que no se pudiera echar una mala sombra sobre la anarquía a causa de su conducta.

Plénesse en esa actitud de consecuencia. Radwitsky comprende su responsabilidad como anarquista, y sabe que una mala acción suya sería perjudicial para las ideas en general; procura, aún en la situación excepcional en que se encuentra, predicar con el ejemplo de su vida lo que importan las ideas que profesa. El hombre que piensa hondamente, obra como piensa. Es natural.

Lo que no es natural, lo que no es comprensible es la suposición de que un miembro de un sindicato deje su personalidad en la calle; es decir, que obre como miembro del sindicato por una parte y por otra como anarquista, como socialista, como fascista. Ese desdoblamiento es una invención metafísica, como el desdoblamiento del alma y del cuerpo. Somos lo que somos, y nuestra personalidad interior se revela en todos los terrenos; si somos pobres de espíritu y mansos de corazón, seremos buenos feligreses, buenos soldados, buenos ciudadanos, buenos pagadores de contribuciones al Estado y a la organización a que pertenecemos; si somos así, encontraremos en todas partes un amo, un pastor, y no nos encontraremos ni en el cuartel, ni en la vida social, ni en el sindicato a nosotros mismos. Si somos rebeldes, no dejaremos la rebelión a la puerta del cuartel como aconsejaba Dante dejar la esperanza a la entrada del infierno; ni seremos buenos ciudadanos ni fieles súbditos del Estado; combatiéramos la autoridad en todas las formas en que se presente y no admitiremos ni amos ni pas-



-Remachando bien este otro clavo no se mueve más

Quando se forma una organización se forma con un objeto determinado, con una labor a realizar; la organización por la organización es un absurdo que no puede haber más que en las cabezas de los sindicalistas rematados. Si, por ejemplo, la clase obrera está llamada fatalmente a cumplir una misión histórica, entonces no hay necesidad de organización alguna, sólo hace falta esperar que llegue la hora. Cuando se forma una organización, lo primero que se pregunta es por el objeto que ha de perseguir, por la finalidad. De lo contrario sería lo mismo entrar en una organización patriótica, fascista o comunista, o entrar

sociedades recreativas suelen tener estandartes como símbolos concordantes con el objeto que les sirve de fundamento; lo mismo vemos en las organizaciones patrióticas, humanitarias, comunistas, fascistas, etc., etc. La única organización que pretende no tener bandera alguna, no estar unida en mérito a las ideas comunes, es la organización sindicalista; en ella se dice: las ideas de los miembros quedan fuera de los sindicatos, es decir, de la organización; y cuando las ideas quedan fuera de la organización ¿qué es la organización? Es imposible que el hombre que deja de ser, una simple máquina, prescindida en una parte de sus actividades de las ideas que lo inspiran. El hombre que no obra por

Si somos anarquistas no podemos ir a un sindicato como sindicalistas; si no tenemos idea alguna...

lecciones del pasado y del presente, no perdamos de vista esta verdad: la autoridad y la libertad son como el agua y el fuego...

Por lo demás, todavía no hemos conocido un sindicato en que las ideas queden en la calle...

Por eso, si formamos nuestras organizaciones lo hacemos con una estrella por norte: servir a la propaganda y a la defensa de nuestras ideas...

Los sindicalistas y los anarquistas franceses están acordados en que la organización sindical no debe responder a ideología alguna...

No hay que olvidar tampoco una verdad básica. Aunque sostenemos que debemos formar nuestras organizaciones...

Para nosotros un sindicato tiene el valor revolucionario que dió nacimiento a los grupos de afinidad...

Si cada uno de nosotros trabaja la mentalidad del medio ambiente en que vive, con la palabra y el ejemplo...

La "unidad de clase", se dice. Es esta una cantilena que surgió de las nebulosidades de la filosofía germanica...

En fin, la organización que los anarquistas queremos no es una organización de partido con este lema: "Fuera de aquí no hay salvación"...

Esto no es tolerancia, no es fanatismo. Si nosotros formamos una organización, repetimos, es para un fin...

A propósito de una Encuesta

"Le Semeur" abre una encuesta sobre el reconocimiento de las objeciones de conciencia, para opiniones religiosas, filosóficas y morales.

Nos gustaría que Vd. nos diera su opinión sobre un asunto tan interesante en este momento en que todos los partidos sueñan con la violencia sistemática.

Desde ya háase formado un Comité bajo el patrocinio de R. Rolland, Banville d'Hostel, Follin, Guillot de Givry, Han Ryner, Marceline Hequet, Valfort, Léo Poldés.

Todas las respuestas se publicarán íntegramente.

En espera de poderos leer recibid, querido camarada, nuestro saludo fraternal.

"Le Semeur"

El periódico "Le Semeur", de Caen — Francia — ha dirigido la presente circular a la mayor parte de la prensa obrera y anarquista de Europa y América...

El camino de las masas no es el de las grandes organizaciones autoritarias; todo lo contrario. Grandes masas existen también en los cuarteles...

Para ir a las masas, para entrar en contacto con las masas hay que vivir en la vida misma, en la vida total...

No hay que olvidar tampoco una verdad básica. Aunque sostenemos que debemos formar nuestras organizaciones, no nos colocamos en el plano de los partidos políticos...

Si cada uno de nosotros trabaja la mentalidad del medio ambiente en que vive, con la palabra y el ejemplo, estaremos en medio de las masas...

Y puede, en realidad, un Estado respetar los derechos morales de los hombres o de los ciudadanos, en los casos de emergencia, en el estado de guerra...

Creo que ningún Estado, por más avanzado que se dijera, no podría llegar nunca a un reconocimiento así porque ello implicaría su muerte ya que, al hacerlo, habría invertido los fines morales...

Ningún Estado, llámese republicano, socialista o comunista, podrá llegar nunca a un reconocimiento igual porque ello traería consigo una desarticulación completa de su mecanismo fundado en la violencia...

Una Liga por el Reconocimiento de los Derechos de la Conciencia, y no obstante los amables nombres que el patrocinan, está destinada a dar los mismos o parecidos frutos que en Francia ha dado, hasta hoy, la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre.

Podrá una Liga, por el reconocimiento de la libertad moral, propiciar un movimiento simpático de opinión o intervenir en algunos casos de resistencia moral aislados que en Francia u otro país se produzcan...

No creo que una Liga, para la defensa de tales derechos, pueda ser reconocida por ningún Estado en el sentido de comprometerse a respetar la independencia moral de los hombres enemigos de la guerra...

llegaran a ser tan numerosos que implicaran un peligro para la defensa material de la nación.

Ningún órgano de la sociedad capitalista puede ir conscientemente en contra de sí mismo y mucho menos consentir su propia anulación como sucedería al reconocerse, por parte del Estado, el derecho efectivo que tiene todo ser humano de no cometer ningún acto de violencia en contra de los demás...

En esta encuesta abierta, en Francia, por "Le Semeur", distinguimos perfectamente el profundo horror que la gran guerra ha producido en el corazón de los hombres libres y vemos también cuán hondo es el repulso que sienten por la violencia sistemática que en estos últimos tiempos nos ha ofrecido el panorama internacional.

Y si bien aquí, entre nosotros, el problema de dicha violencia se ha mantenido en estado latente, y no hemos tenido esa tempestad de sangre y muerte que asoló a Europa, no por ello podemos afirmar que sea extraño a la región.

Aquí también los empresarios de industrias bélicas han trabajado y trabajan intensamente para provocar, entre los pueblos jóvenes de este hemisferio, el mismo encono nacionalista que existe en los viejos países europeos.

La violencia forzosa es una prerrogativa que el Estado de todas partes se reserva para obligar mañana, cuando ello convenga a sus intereses, a los ciudadanos y a los trabajadores a matarse con los habitantes de otro país.

Por consiguiente creo que sólo al margen del Estado, institución organizada para imponer la violencia al hombre y a la sociedad, se podría pensar en una materialización objetiva de los propósitos y deseos que han inducido a los camaradas de "Le Semeur" a promover esta encuesta.

Enriquecido estado



Un tomo en 8º,ústica... \$ 1,20 Edición especial, papel pluma... 2,00 " " encuadrado en tela... 3,50

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera — PERÚ 1637 — Buenos Aires.

A ya de salir por los caminos, recomiendo a los compañeros que a todo pedido de libro de esta casa se acompañe el correspondiente importe para el certificado.

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

III

Fue en Inglaterra donde se escribió el primer gran libro anarquista. William Godwin (1766-1836) escribió An Enquiry concerning Political Justice...

Y si bien aquí, entre nosotros, el problema de dicha violencia se ha mantenido en estado latente, y no hemos tenido esa tempestad de sangre y muerte que asoló a Europa...

Esta primera edición no es del todo rara, porque el libro tuvo una gran voga y fue cuidadosamente conservado...

Por lo demás Byron ha escrito también: "Quisiera ver a la humanidad libre, tan libre de las multitudes como de los reyes y de vosotros y de mí"...

Todo el mundo era inspirado por el libro de Godwin que, junto a los filósofos y literatos, varias generaciones de obreros inteligentes, radicales y ateos...

Godwin envió su primera edición a la Convención nacional; el ejemplar cayó en manos de Georg Forster, refugiado alemán entonces en París...

Proposito, el hermano de Humboldt, Wilhelm von Humboldt, uno de los hombres más notables de su tiempo también, escribió en 1792: "Acabo de leer un ensayo sobre la definición de los límites del Estado, obra no ciertamente anarquista, pero tan antiestatal como es posible en el género"...

Godwin envió su primera edición a la Convención nacional; el ejemplar cayó en manos de Georg Forster, refugiado alemán entonces en París...

Proposito, el hermano de Humboldt, Wilhelm von Humboldt, uno de los hombres más notables de su tiempo también, escribió en 1792: "Acabo de leer un ensayo sobre la definición de los límites del Estado, obra no ciertamente anarquista, pero tan antiestatal como es posible en el género"...

pero tan antiestatal como es posible en el género de John Stuart Mill (sobre la Libertad), Herbert Spencer y otros...

En París sus cartas lo demuestran entusiasta de los más sinceros, pero cada vez más desilusionado. En ese estado de espíritu, el noble libro libertario de Godwin ha debido parecerle un alivio...

Esta sistema llega, para una época en que la humanidad haya alcanzado un nivel más elevado de vida, es verdad, al comunismo más libertario y hace la crítica más reflexiva y explícita de toda especie de gobierno y de propiedad privada...

En Alemania, Frank von Baader, joven entonces, fue igualmente fascinado por ese libro. Pero éste se convirtió pronto en un místico católico situado en el polo opuesto de las ideas libres y atrevidas de Godwin...

Encontré un artículo de Benjamin Constant sobre el libro de Godwin, publicado en 1817, en el que este autor, de

Contra la ley de jubilaciones



Obrero, ¿Cuántos Bolshillos y cráneos de brazos!





Me parece que cada una de esas ideas, que cada uno de esos fenómenos encierra un granito de verdad que se manifestará claramente un buen día, cuando los defectos, los errores, las perversiones y las exageraciones sean rechazadas.

Me parece que todos esos granitos — todos esos fenómenos y esas ideas — encontrarán suficiente plaza bajo las amplias alas del anarquismo sin que haya necesidad de hacerse mutuamente una guerra encarnizada. Sería preciso solo querer y saber reunirlos y unificarlos.

Para llegar a ese fin es preciso que los anarquistas comiencen por elevarse por sobre los prejuicios importados de fuera de su medio y perfectamente extraños a la esencia de la concepción anarquista del mundo y de la vida, de los prejuicios de estrechez humana, de una exclusividad mezquina y de un egocentrismo; es indispensable que todos se pongan a trabajar, — cada cual en lo importa qué esfera de ideas y de fenómenos, en conformidad con su situación, con su temperamento, con sus preferencias, con sus convicciones y sus facultades, — estrechamente ligados y unidos y respetando plenamente la libertad y la personalidad ajena; es preciso trabajar

mano a mano tratando de prestarse mutuamente ayuda y socorro, dando prueba de una tolerancia amistosa, respetando los derechos iguales para cada uno de los camaradas y admitiendo su libertad de obrar en la dirección escogida, conforme a sus gustos y a su modo de ver — la libertad de desarrollar plenamente toda convicción. Esto aceptado, nos compete la tarea de decidir de las formas que deberá adoptar esa colaboración unificada.

No es más que sobre una base semejante como podrá hacerse una tentativa de unión verdadera entre todos los obreros del anarquismo y de unificación del movimiento anarquista. Porque, me parece, no será más que sobre esa base que nuestras antinomias, nuestras exageraciones llevadas al extremo, nuestras acritudes y nuestras adversiones podrán ser suavizadas, como nuestras desviaciones y nuestros errores podrán ser rectificadas y como, estrechando cada vez más nuestras filas y más vastas, se cristalizará viviente, brillando con una llama más y más ardiente, dibujándose cada vez con más claridad y con más grandeza — la verdad.

VOLIN

## La "Révolte" contra la "Société des gens de Lettres". Documentos inéditos

De "La Grande Revue", (Paris) enero 1924, traducimos el artículo del camarada Juan Grave que va a continuación; contiene materiales que hacen reflexionar sobre la miseria espiritual de grandes escritores; con los documentos que Grave saca a relucir no podemos menos de constatar lo íntimamente que está ligada la literatura a los intereses comerciales.

(N. de R.)

En los primeros tiempos de la propaganda, un camarada llamado Eugène Baillet, que bajo el Imperio había militado en la campaña republicana con Gambetta, me habló a menudo de un proyecto que acariciaba desde hacía largo tiempo: "tomar en la literatura, tanto antigua como contemporánea, sobre todo de los más calurosos partidarios del régimen autoritario, todo lo que podía favorecer la idea anarquista, y publicar una revista enteramente compuesta con esos extractos".

Fué en Ginebra, a donde yo había ido para ocuparme de la publicación del *Révolte*, donde recibí el primer número de su periódico, que había titulado *Le Glaneur Anarchiste*.

Pero la idea anarquista estaba todavía en sus comienzos. El "medio cuarterón" iniciador no había crecido bastante aun y el *Glaneur Anarchiste* debió cesar de aparecer desde su tercer número.

El primer número contenía el artículo la *Anarchie*, escrito por Ranc para la *Enciclopedia* cuya publicación había emprendido Jules Mottu.

La idea de Baillet me había parecido siempre excelente. Por lo demás había sido ya puesta en ejecución desde los primeros números del *Révolte*, que daba, cuando había espacio, extractos literarios. Hasta Michel Achkinazy, más conocido con el pseudónimo de Michel Deline, había inaugurado una rubrica especial con este título: *Colaboraciones originales*; donde se reproducen los artículos reaccionarios que daban completamente razón a la argumentación anarquista.

Así, cuando a consecuencia de las persecuciones que no ahorró nunca la "libre Helvecia" a los defensores de las ideas de emancipación, debí trasladar el *Révolte* a París y cuando el periódico se desarrolló, se presentó de inmediato la idea de añadirle un suplemento literario, al buscar el mejoramiento de nuestro órgano.

Había ampliado ligeramente la idea de Baillet: no sólo acudiríamos a la lite-

ratura moderna y antigua, sino a la literatura internacional, a la literatura sociológica, a la literatura pura, siempre que fuese bella y buena literatura y, cuando fuera posible, a la literatura científica.

Participé esta idea a Reclus y a Kropotkin. Pero éstos, lejos de animarme, me pusieron varias objeciones, siendo la principal que, al cabo de muy poco tiempo, careceríamos de materiales para componer nuestro suplemento.

Pero, sin estar convencidos, acabaron por adherirse al proyecto y, en noviembre de 1887, con el número 10 de la *Révolte* apareció el primer número de nuestro suplemento, con extractos de Luis Grammont, de Alejandro Dumas, de Max Nordau, de Camille Desmoullins, de Schiller, de Chamfort, de Zola, de Condorcet, de Quetelet, de Sismondi y de Alfred de Vigny; además una poesía de Hegesippe Moreau. Estaba en la calle; duró 27 años, no muriendo sino con *Les Temps Nouveaux*, a quien la declaración de guerra dió el golpe fatal, privándole por la movilización de las tres cuartas partes de sus lectores.

Desde sus comienzos, el suplemento fué muy apreciado, tanto por los autores reproducidos como por los lectores; tengo un enorme montón de cartas de autores que daban con entusiasmo su autorización. No hubo sino dos o tres — entre ellos Harry Allys — que se atrincheraron tras la condición de miembros de la *Société des Gens de Lettres* para rehusarse a ello, pero la mayoría me dejaban libre de hacer la reproducción a mis riesgos y peligros.

Desde el principio, pues eso me parecía correcto, había creído bueno escribir a los autores de quienes tenía extractos para reproducir pidiéndoles permiso.

Conocía bien la *Société des Gens de Lettres*, pero ignoraba en absoluto sus reglamentos. No me dirigí a ella, sino a los autores, no pudiéndome imaginar que un autor no pudiera dar permiso para reproducir lo que quisiera de sus obras.

Cuando digo que había pedido a los autores autorización, es a casi todos, como debería decir, pues no pude procurarme la dirección de algunos; respecto de otros, de muy pocos, — de Maupassant entre ellos —, no sé por qué razón descuidé el hacerlo, o por qué dejé para otra ocasión el hacerlo.

En todo caso, el suplemento nos puso en un buen terreno en el mundo literario. Como he dicho, todos aquellos — sal-

vo dos o tres — a quienes escribí, me concedieron voluntariamente la autorización pedida.

Habiendo leído en la "petite correspondence" del periódico la respuesta que daba a un lector que pedía que reprodujésemos todos los *Blasphèmes* y la *Chanson des Gueux*, a quien respondía que no teníamos derecho, Richepin me envió los dos volúmenes con autorización para reproducirlos por completo si me complacía, diciendo que estaba orgulloso de ser apreciado por un público que le interesaba para oponerse a la reproducción pedida. En otra carta me escribía que su tratado con el *Gil Blas* estipulaba que la "reproducción prohibida" no concernía a la *Révolte*.

Tengo, en mi archivo, masas de cartas de autores conocidos, todas tan aprobatorias y aún de autores que pertenecían a la *Société des Gens de Lettres*, cuya mayoría, por lo demás, se colocó de nuestra parte cuando dicha Sociedad quiso procesarnos.

Todo fué bien por algún tiempo. Pero en julio de 1890, es decir, cuando el suplemento existía desde hacía cuatro años, recibí una carta firmada Ed. Montagne, delegado de la *Société des Gens de Lettres*, que me reclamaba la suma de 41 fr. 50 por haber reproducido una novela de Paul Arène, *Les Anes de Piégut*.

No encuentro esa carta, ni la respuesta que le di, en la cual debía explicar que nuestro periódico era un periódico de ideas y no una empresa comercial, que sus redactores no estaban a sueldo, que, lejos de dar beneficios, no lograba mantenerse más que gracias a los sacrificios consentidos por los que aprobaban su línea de conducta, cosas todas que debía tener en cuenta una Sociedad que se decía de "gens de lettres" antes de exigir pago alguno de nosotros.

En una segunda carta, que publiqué en la *Révolte* del 6 de agosto de 1890, el señor Montagne me replicaba "que la Sociedad respetaba la propaganda de ideas, y no se preocupaba de si reproducía extractos de artículos de polémica o bibliográficos, pero que se debía pagar cuando se trataba de artículos enteros".

"Sin embargo, teniendo en cuenta nuestra buena fe, el comité nos propone: reducir la suma a pagar 16 fr. 50 en lugar de los 41 fr. 50, y firmar un contrato comprometiéndonos a pagar 0 fr. 05 la línea por toda reproducción, con un mínimo mensual de cinco francos y un desembolso de 50 francos como depósito en garantía".

El señor Montagne tenía una manía por los regateos. Encontraremos otros ejemplos en el curso de este artículo.

Es en la *Révolte* del 16 de agosto donde encuentro mi respuesta al señor Montagne:

"París, 10 de agosto de 1890.

Señores,

Dada la situación particular de nuestro periódico, su fin único de propaganda de ideas, habría esperado de una sociedad de literatos la demanda del pago de una suma insignificante como reconocimiento de los derechos que pretende tener, y no la aplicación de una tarifa. Veo que tengo que tratar más con mercaderes que con literatos. ¡Por dios! ¡cinco céntimos la línea por malas reproducciones, cuando no tenemos los medios de pagar nuestros propios colaboradores! Es preciso que consideréis curiosamente la literatura, cuando los Mirbeau, los Zola, los Richepin, los Févre, los Darien, los Descaves, los Lanessan, los Hovelacque, los Nordau, los Letourneau y tantos otros, nos autorizan a la primera solicitud para reproducir lo que nos plazca de su obra.

¡No os molestéis! Vuestra prosa es demasiado cara para nosotros, renuncio a ella: sobre todo a la obligación de pagar de antemano 50 francos por reproducciones que no haremos tal vez. ¡Vosotros no dáis a crédito! ¡Parece que vuestras producciones tuvieran curso forzoso para los que tratan con vosotros!

Nosotros, obreros, una vez pagados, — muy mal pagados, — por nuestro trabajo, no tenemos más rentas. Puede servir para pasar indefinidamente de mano en mano, nosotros no tenemos ningún derecho a él. Vuestro caso no es el mismo. Queréis pagos continuos. ¡Os honra mucho esa manera de considerar la literatura!

El número de los literatos independientes, que comprenden la literatura de otro modo que como un pretexto para comerciar, es suficiente para hacernos esperar una amplia cosecha que nos permitirá no lamentar la espidadura en vuestro campo. Trataremos de apartarnos de las trampas de lobo de vuestra propiedad.

Por lo demás, entre aquellos que constituyen parte de vuestra sociedad, todos no tienen esa estrechez de espíritu. Algunos la juzgan en lo que vale. Testimonio, este extracto que tomo de la respuesta que me dió uno de ellos a la demanda de autorización para reproducir algunos extractos de sus obras:

"La *Révolte* no debe ser rica y la *Société des Gens de Lettres* nos prohíbe conceder las reproducciones, pero esa sociedad, tienda de fabricantes, representa demasiado poco la literatura para que tenga en cuenta sus estatutos".

Es una apreciación que justificáis ampliamente con vuestro modo de proceder. Os envío los 16 fr. 50 reclamados.

J. GRAVE."

MI error fué haber pagado. Para la Sociedad era indiferente que le dijese más de cuatro verdades... siempre que pagara.

El 12 de diciembre del mismo año, nueva carta del infatigable Montagne que me decía que: "para mantener solamente el principio de sus derechos, la Sociedad había reducido, la primera vez, sus reclamaciones al mínimo posible.

"Que una segunda vez, a pesar de sus precedentes avisos, y a despecho de los términos poco mesurados de mi correspondencia, había abandonado su reclamación (cosa de que no tengo ningún recuerdo), pero que al reproducir de nuevo: *Workhouses* y *La Révolte des Tramps* de Hector France; *Le Mariage* de G. de Maupassant; *Treize*, de León Gladel y *L'Origine des Dieux*, de C. Lemonnier (¡Pobre Montagne, perdía la cabeza! *L'Origine des dieux* no era de C. Lemonnier, sino de Saint Saenz. Es *Patibon vengé* lo que habíamos dado de Lemonnier), debía pagar la suma de 350 francos, más el contrato habitual a firmar, pero con aumento. La primera vez, parece, se había engañado al enviarme el contrato habitual a los periódicos de provincia. ¡Era un mínimo mensual de 20 francos a lo que debía comprometerme y un depósito como garantía de 200 francos el que debía hacer! ¡bajo pena de persecución a los cuatro días!

A esto, el señor Montagne tenía la gentileza de añadir: "que el tratado no me pondría de ningún modo al abrigo de las persecuciones si no tenía autorización de los autores, y que su lista de autores cambiaba todos los días y era difícil saber quien formaba o no parte de la sociedad".

Por toda respuesta a Montagne, le rogué que aplicara su contrato para el uso bien conocido desde los tiempos de Rabelais.

Zola acababa de ser nombrado presidente de la Sociedad. Como antes me había dado autorización para reproducir lo que quisiera de su obra, creí que era el momento para usar de ese permiso. Creí que Zola tenía miras más amplias que la Sociedad y que solucionaría el conflicto.

En lugar de eso tuvo el descaro, más tarde, en una entrevista que publicó el *Eclair*, de decir que me había autorizado a reproducir algunas de sus obras, salvo *Germinat*. Ahora bien, el trozo incriminado no era sacado de *Germinat*, sino de *La Bestia Humana*, tomada de *La Vie Populaire*. Su aserto era falso, la autorización no contenía restricción alguna.

Estuve algún tiempo sin volver a oír nada, cuando un buen día, cuando como gerente de la *Révolte* purgaba una condena de seis meses de prisión que me había procurado el inefable Bulot por un artículo que yo no había escrito, se me trajo con el correo del día un expediente que me requería, a pedido de los señores Zola, Fr. Coppée, G. de Maupassant, Courteline y Paul Ginisky a comparecer ante la octava cámara correccional para oírme condenar a pagar a la *Société des Gens de Lettres* la suma de 476 fr. 90, importe de las reproducciones a 0 fr. 25 la línea.

Algunos días antes, el *Bulletin* de la Sociedad había publicado el entrefilete que sigue:

JEAN GRAVE

(Concluido)